

IDENTIDAD

**Lo que somos no se explica
de una vez y para siempre**

Un recorrido por siglos de
pensamiento filosófico
para explorar qué permanece,
cómo nos reconocemos
y qué podemos transformar.

Una curaduría de
Uriel Goldstein

Identidad

Pensarnos pasa

Una curaduría de Uriel Goldstein

Edición digital · 2026

Un recorrido filosófico por la continuidad personal, el reconocimiento, el relato de sí y las posibilidades de transformación.

© 2026 Uriel Goldstein. Todos los derechos reservados.

Curaduría y dirección editorial: Uriel Goldstein. Edición: Pensarnos pasa.

Las referencias se reúnen en la bibliografía final.

Índice

Antes de empezar	3
Prólogo	6
Primera parte · ¿Qué hace que sigamos siendo nosotros?	9
Segunda parte · ¿Quién soy sin los otros?	24
Tercera parte · ¿Somos la historia que contamos de nosotros?	37
Cuarta parte · ¿La identidad se descubre o se construye?	51
Cierre · Volver a decir “yo”	67
Bibliografía de referencia	73

Antes de empezar

Pensarnos pasa nace de una inquietud simple: hay preguntas que forman parte de nuestra vida mucho antes de que sepamos que la filosofía lleva siglos discutiéndolas. Qué creemos, quiénes somos, qué sentimos, cómo nos vinculamos y por qué repetimos ciertas maneras de actuar. Son preguntas que aparecen en conversaciones cotidianas, en decisiones, en conflictos y en la forma en que hablamos de nosotros mismos. Pero también son preguntas sobre las que filósofos y otros pensadores vienen trabajando desde hace siglos. Este libro propone detenerse en una de ellas: la identidad.

No busca encontrar una única definición de qué significa ser uno mismo. Tampoco pretende presentar una teoría definitiva ni hacer una historia de la filosofía. La propuesta es otra: recorrer distintas maneras de pensar el problema y observar qué aparece cuando esas miradas se ponen en relación. Por eso hablamos de una curaduría. En este contexto, curar significa elegir algunas voces entre muchas posibles, recuperar de cada una aquello que puede ayudarnos a pensar una pregunta, ordenarlas y construir un recorrido entre ellas.

Algunos de los autores que aparecen en estas páginas escribieron con siglos de diferencia. Otros pertenecen a tradiciones muy distintas. No todos son filósofos. Y, en muchos casos, nunca discutieron entre sí de la manera en que lo harán dentro de este libro. Esa conversación es parte de la propuesta. No para hacerles decir lo mismo ni para decidir quién tiene razón, sino para observar cómo una mirada puede completar, tensionar, cuestionar o modificar otra. A veces un autor permite responder una pregunta. Otras veces hace algo más interesante: muestra que la pregunta estaba mal planteada o que

necesitaba ser más precisa. Por eso el recorrido no está organizado como una sucesión de fichas sobre autores.

Las ideas aparecen dentro de un problema común. Vamos a detenernos en qué estaba pensando cada autor, qué quiso decir, qué dificultad intentaba resolver y qué consecuencias puede tener esa mirada cuando la llevamos al problema de la identidad. Cuando aparezcan conceptos filosóficos complejos, el objetivo será explicarlos sin dar por supuesto que el lector ya los conoce. No se trata de simplificarlos hasta vaciarlos, sino de volverlos comprensibles sin perder aquello que los hace interesantes. El lenguaje atraviesa especialmente este proyecto.

No porque todos los autores pertenezcan a la filosofía del lenguaje ni porque todo pueda reducirse a las palabras. Pero muchas de las cosas que creemos, recordamos, interpretamos y decimos que somos también toman forma en el lenguaje con el que organizamos nuestra experiencia y contamos nuestra historia. Por eso este recorrido no busca solamente saber qué dijeron Descartes, Locke, Hume, Ricoeur, Nietzsche, Sartre, Foucault o los demás autores que van a aparecer. Busca algo más. Que esas ideas nos permitan mirar de nuevo una pregunta que usamos todos los días casi sin detenernos:

¿qué estamos diciendo cuando decimos “yo”?

Pensarnos pasa no propone llegar al final con una respuesta que haya que adoptar. El objetivo es que, después de recorrer distintas miradas, una idea que parecía evidente pueda dejar de serlo. Que aparezcan distinciones que antes no veíamos. Que una respuesta que parecía suficiente empiece a mostrar sus límites. Y que podamos volver a la misma pregunta con la que empezamos, pero ya no exactamente desde el mismo lugar. No hace falta saber filosofía para leer este libro. Hace falta estar dispuesto a quedarse un poco más de tiempo dentro de una pregunta.

Prólogo

Hay palabras que usamos tanto que dejan de parecernos problemáticas. Yo es una de ellas. Decimos “yo pienso”, “yo elegí”, “yo era así”, “yo cambié”, “esto no tiene nada que ver conmigo”, “necesito volver a ser yo”. En cada una de esas frases parece estar claro de quién hablamos. No necesitamos detener una conversación para definir qué significa yo. La palabra funciona. El problema aparece cuando intentamos precisar qué estamos afirmando con ella. Una persona puede mirar una fotografía de hace treinta años y reconocer sin vacilar: “ese soy yo”. El cuerpo cambió. Cambiaron las ideas, los vínculos, los conocimientos, los deseos y probablemente también muchos recuerdos. Incluso puede ocurrir que esa persona diga, al mirar la misma foto: “yo ya no soy ese”.

Las dos frases pueden ser verdaderas en algún sentido. “Ese soy yo.” “Ya no soy ese.” La identidad empieza justamente en esa tensión. No se trata solamente de saber si una persona puede ser identificada por su nombre, su documento o su cuerpo. Tampoco se reduce a una pregunta íntima del tipo “¿quién soy realmente?”. La palabra identidad reúne problemas diferentes que, en la vida cotidiana, solemos tratar como si fueran uno solo.

Preguntamos qué permanece a través del tiempo. Preguntamos cuánto de nosotros se formó en relación con otras personas. Preguntamos qué hacemos cuando contamos nuestra propia historia. Y preguntamos cuánto de lo que somos puede transformarse. Cada una de esas preguntas empuja a la siguiente.

Si cambiamos a lo largo de la vida, necesitamos explicar qué nos permite seguir diciendo que somos la misma persona. Si aquello que somos no se formó en aislamiento, necesitamos comprender qué lugar tienen los demás. Si una vida no se conserva entera en la memoria y además está atravesada por relaciones, necesitamos ver cómo la organizamos cuando la contamos. Y si esa historia no está completamente cerrada, aparece la pregunta por lo que todavía puede modificarse. Por eso este libro avanza en cuatro movimientos. El primero se pregunta qué hace que sigamos siendo nosotros. El segundo desplaza la mirada hacia los demás: quién soy sin los otros. El tercero examina el relato: somos la historia que contamos de nosotros.

El cuarto abre la cuestión del cambio: la identidad se descubre o se construye. No son cuatro definiciones. Son cuatro maneras de complicar la misma palabra. El lenguaje participa en ese movimiento desde el comienzo. No porque una frase pueda cambiar mágicamente todo aquello que somos. Tampoco porque la identidad sea únicamente un relato. Pero las palabras con las que nos describimos hacen algo: reúnen experiencias, distinguen rasgos, asignan responsabilidades, sostienen expectativas, recuperan recuerdos y a veces convierten una regularidad en una conclusión. “Siempre fui así.” “Esto no es para mí.”

“Ya no soy la persona que era.” “Por fin entendí quién soy.” Cada frase puede estar señalando algo real. También puede estar haciendo más de lo que parece. Una de las preguntas que atraviesa estas páginas es precisamente esa: qué hacemos cuando nombramos quiénes somos. La filosofía no va a resolverla con una fórmula única. De hecho, una parte importante del recorrido va a consistir en descubrir que ciertas

respuestas que parecen incompatibles están atendiendo a problemas distintos.

Puede haber continuidad sin que todo permanezca igual. Puede haber una identidad propia que se forme en relación con otros. Puede haber un relato que organice nuestra vida sin que por eso inventemos libremente lo ocurrido. Puede haber transformación sin partir de una página en blanco. La apuesta del libro es que esas distinciones permitan salir de dos extremos que suelen aparecer cuando hablamos de identidad. Uno imagina que en alguna parte existe un núcleo verdadero e inmutable que debemos descubrir. El otro imagina que podemos diseñarnos por completo a voluntad.

Tal vez ninguno de los dos alcance. Para averiguarlo, hace falta empezar por una pregunta anterior. Cuando decimos que seguimos siendo nosotros a pesar de haber cambiado, ¿qué es exactamente lo que decimos que continúa?